



Apolo y Diana de caza

Grecia, era sobrio, vivo, listo y de brillante inteligencia.

El examen etnológico de Grecia no ofrece nada enorme y gigantesco; ningún monte comparable con el monstruoso Himalaya, con sus infinitas estribaciones, con su lujuriosa vegetación, con sus caudalosos ríos descritos en los poemas indios, con los inacabables bosques, con las extensas llanuras y el Océano salvaje y embravecido del Océano del Norte.

Grecia ofrece un tinte alegre, risueño, que presta á los cuadros de la naturaleza y de la vida un encanto, un arrobó irresistible.

Las montañas de Corinto, del Ática, de la Beocia, del Peloponeso, tienen sólo tres ó cuatro mil pies de altura, y es necesario dirigirse al extremo norte de Grecia para hallar una cima igual á las de los Pirineos ó los Alpes, ó sea el Olimpo que los delirios paganos habían hecho morada de los dioses.

Los mayores ríos, el Peneo y el Aquelao, apenas tienen un curso de 30 ó 40 leguas.

Las teogonías, los errores, las supersticiones engendradas por otros pueblos, sufrieron en Grecia hondas transformaciones. La riente imaginación helena pobló los bosques de diosas y ninfas, los mares de tritones y nereidas, las selvas de bacantes y sátiros. Los animales venatorios jugaron brillantísimo papel en las transformaciones de los dioses y en los cantos de los poetas.

La caza tuvo, como la guerra, su diosa tutelar: la hermosa, la poética, la enamorada Diana; la concepción poética, vaga y pudorosa de la diosa refugiada en el seno de los bosques, á orillas de murmuradores arroyos, cazando con sus ninfas, desnudo el cuerpo, huyendo de las procaces miradas de los hombres, héroes y dioses.

III

¡Diana! ¡Artemisa! La *Odisea*, el poema homérico, traza en elocuentes rasgos el retrato de la diosa hermana de Apolo. «Artemisa, con aire altivo, armada con su carcaj y flechas, camina al través de las montañas á orillas del Taygetes ó del Erymanto, y persigue, llena de alborozo, á los jabalíes y ciervos, seguida de las ninfas, hijas de Zeus.»⁽¹⁾

El papel de cazadora es el que señorea en la Artemisa helénica. Divinidad de abolengo, dórico como Apolo, Artemisa es la virgen austera, ocupada casi exclusivamente en sus correrías de caza. El creciente lunar es uno de sus atributos, y bien que Selena, la diosa de la luz lunar, sea una personalidad distinta de la hermana de Apolo, Diana es también una afeja personificación del astro de la noche.

Un brillante escritor ha trazado algunas páginas llenas de vigor y vida sobre Diana cazadora, que reproducimos para enriquecer esta enciclopedia de caza y solazar á nuestros ilustrados lectores.⁽²⁾

(1) *Odisea*, VI, 102.

(2) *Hombres y dioses*, por Paul de Saint-Victor.

«La mitología hizo á Diana hija de Latona, pero el seno que la engendró es más vasto que el de ésta, y su concepción más divina. Diana nació de la corriente de los manantiales, de la profundidad de los bosques frondosos, de los rumores del viento y de los misterios de la soledad. Todó elemento casto de la naturaleza, toda pureza de cuerpo y de alma, se personificaron en la gran virgen dórica.

Diana en su origen es la Luna, hermana del dios solar, de Febo, única en el cielo, como él; su doble celibato expresa su soledad etérea. Así como Apolo, semejante á una estatua que surge de las llamas de su molde, se desprende pronto del Sol, así Diana desciende también pronto del astro nocturno. Su carácter lunar palidece por grados; y, aunque conserva siempre su reflejo, predomina en ella la cazadora, la heroína sin protector y sin dueño, que vive, libre de todo yugo, en el fondo de los grandes bosques. Bajo este aspecto la adoraba Grecia y la evoca la imaginación, y los poetas la cantan, y el cincel de los escultores la traza en el mármol, puro y frío como ella. Alta y esbelta, su cabeza sale por encima de todas las de las ninfas que forman su séquito errante; su figura sólo difiere de la de Apolo en que está algo dulcificada, pero ninguna suavidad hace flojear su hermosura altiva. Parece que su boca entreabierta aspire el soplo de los bosques, palpitan sus narices como olfateando una presa, sus ojos fijos lanzan miradas rápidas y rectas como flechas, sus piernas, largas y delgadas, son más de un Efebo⁽¹⁾ que de una mujer; su seno, recogido por el ejercicio de los juegos heroicos, presenta el verdor de la pubertad. La idea de la carrera nos asalta al contemplar sus piernas, como se comprende el vuelo al ver las alas de los pájaros. Botina cretense calzan sus pies ágiles. La corta vestidura del Oriente aprieta con sus pliegues su talle largo, y prendida por broches se arremanga en las rodillas; con gracia y presteza con frecuencia pliega su manto á guisa de cintura alrededor de sus flancos. Cualquier soplo de viento bastará para deshacer su cabello, levantado en ondas sobre la frente, ó atado sencillamente debajo de la nuca. Siempre en movimiento, anda volviendo atrás la cabeza como si oyera el toque del clarín, sacando una flecha del carcaj, que lleva sobre las espaldas, ó domando una cierva que da saltos para que la acaricien sus manos; las estatuas de Diana nos presentan la imagen de la actividad eterna.

Al sonido de los cuernos de caza, y á los ladridos de

(1) Paul de Saint-Victor *ibidem*.

la jauría, recorre los bosques y las montañas, acompañada por el coro de sus ninfas, feroces y vírgenes como ella. Cazadoras salvajes franquean los precipicios y pasan los ríos á nado, dejando sólo á las águilas las huellas de sus pasos. Duérmense las agrestes guerreras, al medio día, á la sombra de las encinas gigantes; á la hora en que las leonas van á beber al crepúsculo, ellas lavan en los mantiales sus frías manos sangrientas y sus brazos cubiertos de polvo. Ley austera gobierna el gineceo vagamundo; las compañeras de Diana hacen voto perpetuo de castidad. Los bosques sagrados son sus claustros, las montañas sus monasterios, y la diosa es, digámoslo así, la abadesa de las selvas.

Su secreta presencia llenaba los bosques de muchos prestigios. Santificaba todos sus sitios y divinizaba todos sus ruidos. La brisa, que agitaba las hojas, era acaso su divino aliento. Quizás el lago se estremecía largo rato por acabar de recibir su cuerpo virginal. Su cara maravillosa encantaba la selva y se mezclaba con todos sus rumores. Los leñadores y los pastores creían oír silbar sus flechas en el ruido del viento, y veían relucir sus espaldas en las claridades que blanqueaban la umbría. Causaba religioso espanto al joven cazador lacio, que penetraba en los espesos bosques del Taygeto, imaginar que al volver un

sendero iba á encontrar, avanzando hacia él, á la diosa apoyada sobre su marco de plata, creyendo acaso dar con ella al salir desnuda del baño y sorprenderla vistiéndose con púdico gesto.

Si las ramas que él agita, tropezando con ellas á su paso, le arrojan al rostro una gota de rocío, cree sentir el agua mágica que Diana lanzó sobre Acteón, y que hizo brotar en sus sienas cuernos de ciervo.

Por la noche debían multiplicarse los terrores que debía causar el encuentro de la Inmortal. Los grandes ruidos lejanos que atravesaban el silencio, ¿eran los brincos de sus ninfas ó los saltos de las cascadas? ¿No

podían tomarse las ramas plateadas por puntas de sus lanzas, moviéndose iluminadas por la Luna? Cuando ésta, en su creciente, se asomaba por las cimas de los montes, el viajero que llegaba tarde creía que era la diadema de Diana, adormecida sobre una cumbre, porque ella también era la Luna. Diana se despojaba todas las noches de su forma terrestre, como de un traje de caza, y se remontaba al cielo, para dirigir allí el ejército de las estrellas, como de día dirigía en la Tierra el ejército de sus ninfas. Sus facciones derramaban en

el mundo, desde el firmamento, ya dones propicios, ya funestos; los primeros eran los rayos apacibles que, haciendo las tinieblas, abren los senderos; los segundos, las llamas siniestras que levantan espectros y que alumbran negros maleficios.

Conserva Diana, desde su origen lunar, un carácter misterioso; cambia como el planeta que personifica. Contemplada en el cielo; su creciente límpido se metamorfosea en rostro que hace muecas. Miradla en la Tierra; tan pronto nos muestra el semblante de una deidad caritativa como el perfil violento de una furia. Es implacable en sus venganzas; entrega á Acteón á los dientes de sus perros, mata á Calisto, su ninfa infiel, y termina en masa á las hijas de Niobe. Indignada Juno en la *Iliada*, le reprocha su «corazón de leona para las mu-

jerres.» Nadie en Pelleno se atrevía á mirar de frente su estatua; cuando la sacaban en procesión, los más atrevidos apartaban los ojos de ella. Se decía que su mirada esterilizaba los árboles y hacía caer la fruta verde. En Taurida se regocijó Diana con la sangre de las víctimas, y en Esparta con los gritos de los adolescentes y de las vírgenes azotadas ante su altar.

Mientras duraba la desgarradora flagelación, tenía en sus brazos su sacerdotisa una estatua de madera de la diosa, y gritaba que su peso la aplastaba, y que la iba á dejar caer, cada vez que veía que el brazo que castigaba aflojaba los golpes. Era esa inmortal espan-



Diana cazadora (museo del Louvre)